

«camarilla» pedagógica de Su Majestad. . . . ñor Demos, y. . . . «Hé ahí» — dice el autor — «por qué cada reglamento, cada plan de estudios, viene con el mismo sello de imperfección» Y tampoco allá se decide el Ministerio del ramo «a no escoger, al efecto, personas que ya hubiesen intervenido en esos asuntos».

Cuando no me parece acertado el crítico, es al decir: «nuestra civilización va, por lo menos, cinco siglos atrás de la europea» . . . Bastante han recibido ya de la misma estas Repúblicas, en cultura y aseo, por decirlo así. Sólo alguno que otro tiranuelo indecente suele dar saltos atrás y plantarse, no digamos en la edad-media, ni en la llamada antigua, sino en puro salvajismo—edad del oso y las cavernas.

Pero esos prehistóricos suelen irse malditos de Dios y de los hombres, y quedan bibliotecas, teatros y. . . . manicomios—donde, si el cristo crece, irán a parar todos los pedagogos trastornados—. Se sienten señales, en la juventud estudiantosa, de redención y salvamento. ¡Harto hicieron por entorpecerla los pedantes!